



Mariano José de Larra

Ni por ésas

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Mariano José de Larra

Ni por ésas

Verdadera contestación de Andrés a Fígaro, publicada por éste

Yo rogaré a Santa Rita, abogada de imposibles, por la prosperidad de nuestra patria.

ANDRÉS NIPORESAS. Muerte del Pobrecito Hablador.
París, 10 de mayo de 1836.

Desde que en marzo de 1833 concluí mi corta vida de escritor público dando cuenta a mis buenos compatriotas de la muerte del Pobrecito Hablador, nunca volví, ¡oh mi muy mordaz e independiente Fígaro!, a tomar una pluma en la mano, y aun hice entonces firme y decidida resolución de reducirme a mi rincón, a reírme y desconfiar de todos a mis solas, tomando las cosas como viniesen, ya que no estaba en mi mano hacerlas venir como yo las hubiera querido tomar. Tú, mejor que nadie, sabes quién era el Pobrecito Hablador, y tú, más que nadie, te acordarás que el pobre diablo murió de hablar, bien distinto en eso de tantos y tantos como de entonces acá, y aun ahora mismo, sólo de hablar y hablando por los codos han vivido, viven y vivirán.

Muerto, pues, ya mi arraigo del último borbotón de palabras que lo ahogó, y expresado lisa y llanamente mi último anhelo, que, para que nadie dude de mis buenos deseos, es el mismo, mismísimo que me sigue animando en el día, y que por epígrafe acabas de leer en el principio de esta mi primera contestación a las tuyas, écheme a discurrir qué haría, cómo me valdría yo para medrar en adelante y ser por propios y extraños considerado y querido; entonces fue cuando por primera vez caí en la cuenta de que me faltaba para ser hombre de pro una circunstancia principal, sin la cual así era pretender en España figurar como tratar de enderezar nuestra máquina, y era que yo ni el año 13, ni el 14, ni el 20, ni el 23, ni el 30, ni en año alguno de memoria de hombres había nunca emigrado, ¿qué es emigrar?, ni por acaso había hecho viaje pequeño ni grande que a emigración pudiese remotamente parecerse. «¿Qué especie de hombre eras entonces –me preguntarás–, y de dónde diablos habías salido?» Ahí verás tú y por ahí podrás juzgar; pero para que sepas dónde llegaba mi torpeza sólo te diré, bajo la más estrecha condición de callarlo por honor mío, porque la cosa es harto fea para sabida, sólo te diré que aun en el día de hoy soy, Fígaro, un muchacho, sin pelo de barba, sin destino anterior ninguno; en una palabra, lo digo con las lágrimas en los ojos, lo digo con vergüenza, sin precedentes, o, como decimos nosotros los españoles, sin antecedentes, sin vida política alguna y por tanto imposibilitado para siempre jamás de tener consiguientes, ni de inspirar confianza, sin tener en una palabra a qué

agarrarme en lo pasado para disculpar mi porvenir si alguna vez lo hubiese para mí, sin poder, en fin, tapar la boca a nadie diciendo a todo el mundo: «Ego ille qui quondam», yo aquel que en otro tiempo.

¡Ah!, amigo Fígaro, tú, a quien la suerte miró con ojos benévolos desde el columpio de la tierna cuna; tú, que viajando y para viajar naciste; tú, que tanto viajaste que fuera imposible averiguar tu domicilio; tú, que por tanto donde quiera eres emigrado, con respecto al último punto que dejas; tú, de quien no se puede decir: ¿dónde para ahora Fígaro?, sino ¿dónde emigra ahora Fígaro?, tú no podrás jamás formar idea del dolor que embargó mis sentidos cuando caí en la cuenta de la miseria y nulidad de mi triste situación. Mesábame el sitio donde me han de salir sin duda las barbas algún día, y mesábamelo una y otra vez por vía de interinidad y en tanto que aquéllas me nacían: ¿qué no hubiera yo dado entonces por un antecedente político, tamaño como una cesantía? «¿Qué figura –exclamaba– voy yo a hacer en mi patria sin conocer más usos que los suyos, sin saber más lengua que la castellana? ¿Qué será de mí, español, en España? ¿Quién me entenderá y a quién entenderé yo? ¿Quién me elegirá para nada? Y si por equivocación me eligen, ¿a quién, Dios mío, citaré? ¿No se reirán de mí cuando cite nuestros usos, que no se usan, y para nuestros males remedios españoles? ¿Qué color político tendrán mis discursos, si es que llego a discurrir, sin que entren en ellos para nada la Francia ni la Inglaterra, los Estados Unidos y la Bélgica? ¿Yo, mezquino de mí, que ni he comido el pan de la desgracia, sino el escogido de flor, ni lo regué nunca con lágrimas, sino con la trivial manteca de las montañas de Pas o con el tinto de Valdepeñas o cuando más con algún trago de jerezano mosto?»

Al llegar aquí no pude resistir y fue mi primera fantasía ir a dar una vuelta al extranjero, sin salir de España, proporción que tenemos felizmente, lo cual pensé llevar a cabo llegándome a pasar una cuaresma a Gibraltar, cuaresma que me sirviese para remisión de mi enorme culpa, y para Pascua de Resurrección volverme ya otro hombre y un tanto cuanto emigrado; detuviéronme, empero, en lo más fuerte de mis propósitos varias reflexiones que vine a hacer: primera, que para no pasar de Gibraltar tanto valía casi emigrar a casa del ministro inglés en Madrid; segunda, que en Gibraltar no hay Cámaras, ni Comunes, ni más pares que los años de la moneda; no hay un pedazo de camino de hierro, tamaño siquiera como una discusión sobre ley electoral, ¡cosa corta en verdad!, ni más canales que los que naturalmente forma la lluvia cuando llueve, que no es siempre; cosas todas de que me figuraba yo deber traer tan llena la cabeza que ninguna otra idea en ella me cupiese en lo sucesivo. ¿Qué iba yo, pues, a estudiar en Gibraltar? ¿Iba a estudiar a los judíos? Esto hubiera sido en verdad mucho adivinar, y te juro que nunca en aquella época creí que pudiese ese estudio serme de maldita la utilidad. Por ende te convencerás que los cálculos y la previsión humana siempre flaquean por alguna parte, y cuán cierto es el adagio vulgar que asegura que «el hombre pone y Dios dispone».

Trájome también mi desconfianza a la memoria que para un hombre tan comprometido como yo pensaba llegar a serlo, no era Gibraltar el punto más digno de inspirarme confianza; no se me podía olvidar que en punto a opiniones Gibraltar debía oler un si es o no es a calomardino en la opinión de las gentes que recordasen el lance de Torrijos y compañeros mártires, y no le había faltado a mi entender a Gibraltar para ser el Regato de los pueblos más circunstancia que la de haber sido voluntario realista.

Mudé, pues, propósito, y quise alargar mi peregrinación no ya a Inglaterra, que se me representó siempre como país demasiado aristocrático para las opiniones que empezaban a germinar en mi fantasía. Supongo que no olvidas un solo instante la época en que todo esto me iba sucediendo, y recordarás por tanto que el año 34 empezábamos ya a ser todos liberales. Ir a los Estados Unidos fue idea que me ocurrió más de una vez, pero también era fuerte cosa irse a un pueblo donde no hay ni ha habido nunca reyes. ¿Cómo diablos se componen, y viven, y prosperan? Deben ser unos brutos por lo menos.

Eso solo prueba que debe de ser gente de suyo demagógica, anarquista y desmoralizada; por lo menos es gente rara, y aun pensando como piensan ya en el día los hombres que están a la altura del siglo, es fuerza confesar dos cosas: la una que es gente atrasada; esas ideas de república son ideas viejas e ideas del año 89, y ahora en el día me parece que ya es tiempo de que sepamos algo más; y la otra, que yo tengo para mí, como ustedes en España tienen para sí, que los que quieren república no quieren más que desorden y volvernos al tiempo del despotismo, que es a lo que tiran solapadamente las repúblicas; así es que en España es cosa sabida que los que afectan deseos de república no son más que agentes de don Carlos; de donde se infiere claramente que en los Estados Unidos son irrecusablemente carlistas, y si lo dudases todavía, al tiempo por testigo, algún día se descubrirá la trama y verás la que se arma.

Y buscando ejemplos en la antigüedad yo te probaría si estuviese más despacio que las repúblicas fueron siempre carlistas y percederas. Las de Grecia, por ejemplo, no duraron más que lo que duró la Grecia, y la de los romanos mismos, ¿qué duró sino setecientos años? ¿Qué son setecientos años para nosotros? Y eso que ni en Roma ni en Atenas no se publicó jamás ni Zurriago, ni Eco del Comercio, ni papel ninguno carlista, que eso hubiera sido otro cantar. Los que en contra de los Gobiernos democráticos alzan la voz en el día dan por prueba de su mala condición el no ser duraderos. Está probado que no es bueno más que lo que dura; dos consecuencias te sacaré de aquí: 1.^a que como nada dura, no hay cosa buena en el mundo; 2.^a que habiendo durado más la Inquisición que los Gobiernos populares, es mejor la Inquisición; cosas en que me parece que están ustedes por ahí todos de acuerdo; en efecto, la mayor entre las desdichas públicas es habérselas con repúblicas.

Pero me he apartado de mi propósito, dando lugar, lo que es peor, a que me tengas por republicano; a eso te responderé que ya sé dónde me aprieta el zapato, y las cosas en su tiempo. Tengamos la fiesta en paz: yo soy Andrés Niporesas y nada más. Y volviendo a la historia de mi emigración, no quise ir a los Estados Unidos.

A fuerza de cavilar en ello pareciome que lo mejor sería irme a Francia, porque es lo que tenemos siempre más a mano, y porque tratando de aprender las teorías adelantadas del día y la práctica de los Gobiernos representativos, ¿adónde mejor?

Lo primero que hice, pues, una vez convencido de que era preciso primero emigrar para saber, y luego estudiar las prácticas extranjeras para conocer las necesidades nacionales, fue tratar de convencerme a toda costa de cómo debía estar constituido un pueblo para ser feliz, y qué Gobierno era el único verdadero. Así, deseché toda idea de absolutismo como de república por igualmente nocivas; acordándome por un lado del pasado, meditando por otro en el porvenir, mi trabajo me costó quedarme en perfecto equilibrio en medio de la cuerda.

«¿Cuál es el problema en el día? –dije yo aquí–. En vez de un rey que reine sobre un pueblo, como se ha usado hasta ahora, o de un pueblo que reine sobre sí, como se ha de usar con el tiempo, necesitase un pueblo que reine sobre un rey, un pueblo donde cada ciudadano sea un pedazo de rey y donde el rey sea un pedazo de ciudadano; tate, dije yo, Francia para eso; donde treinta y cuatro millones menos uno, unidos en la manera posible con ese tal uno hagan de mancomún las leyes para todos; es decir, donde uno vale la mitad que todos los demás: ¡gran justo medio! Porque en los Gobiernos absolutos uno vale por todos, y en los democráticos uno vale por uno; error grave por ambas partes.»

¿Qué mejor país que aquél en que el rey, hijo del republicano fulano igualdad, ha sido elegido por el voto popular después de una revolución arrolladora del trono; que aquél en que el rey a su advenimiento al solio se iba por las calles con el paraguas debajo del brazo, dando «esos cinco» a todo el mundo y clamando a voz y en grito: «Si queréis en mí una monarquía ha de ser una monarquía republicana, un trono popular rodeado de instituciones republicanas»; palabras memorables consignadas en el programa de la Municipalidad y anunciadas por el órgano de la libertad, por Lafayette, en agosto del año 30?

Definitivamente resuelto quedó desde entonces que mi emigración fuese a Francia; pero en lo que nunca consentí fue en irme a Francia por el camino natural de Francia; recordé el «por allí habéis de salir» de García del Castañar, que parece escrito para nosotros, porque en cuanto a los carlistas, como tú has dicho en algún artículo, éstos no se van nunca por ninguna parte, sin duda porque siempre son de casa. Vistos los itinerarios de cuantos en semejantes aventuras me habían precedido, no quise ser menos ni contravenir a la orden que profesamos, y desesperábame sólo el que nadie me persiguiese, merced sin duda a lo poco que en tiempo del oscurantismo había brillado; mil veces imaginé que topográficamente hablando debía de estar la España colocada al revés, y que cuando el Supremo Hacedor la echó con el pie a este mundo, para usar de una expresión de Lamartine, no quiso tener presente que los depósitos habían de estar en Tours y en Bayona, y el derrotero en Andalucía.

Recogí con todo mis trebejos y salime de Madrid a pie y ocultamente, ni más ni menos que si vinieran tras mí los héroes del Trocadero, tomando para Francia por Oñate, como quien va primero a Cádiz o a Alicante. «Esperemos –dije al llegar a la ciudad de Hércules con voz noble y entusiasta–, esperemos aquí a pie firme el puñal de Catón o la cicuta de Séneca», y haciendo y esperando, tomé mi pasaje en un buque que se hacía a la vela para Burdeos, concluyendo con majestad y franqueza al ver henchir el viento las velas que me llevaban a mí y a mi fortuna a las playas inhospitalarias de Lafitte y Châteauegrot: «Marchemos francamente, y yo el último, por la senda del extranjero».

Hasta aquí las causas que influyeron en mi determinación, y la clave explicatoria de cómo resido ahora en París, después de haber sido en las Batuecas corresponsal de nuestro común amigo el Pobrecito Hablador.

Andrés Niporesas

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

Mariano José de Larra